

Música Condenada a Morir

Por JOSE DONOSO

HAZ CIERTAS MELODIAS muy viejas, muy melancólicas; casi olvidadas, que ya no se oyen más que en los organillos. "La Chica del diecisiete", "Ay, Josefina", "La Tonkinesa" parecen haber sido compuestas hace mucho tiempo, exclusivamente para ser ejecutadas al pie de una ventana o en una esquina cualquiera de la ciudad, por esos hombres miserablemente vestidos y mal afeitados, que sudan al dar vuelta la manivela de la caja de 40 kilos con la que han atravesado la ciudad. Los niños se paran a escuchar al organillero. Alguna muchacha paga 50 pesos para que el lorito amaestrado le entregue un papel con su suerte, en la que cree y no cree. Alguien compra una pelota de aserrín de 50 pesos, o un cancionero, y paga 30 pesos para que el organillero toque una pieza. Pero los organilleros y lo poco o mucho que su música sensiblera y su anacrónica figura significuen tienen sus años contados.

Antes era frecuente encontrar organilleros en cualquier barrio de la ciudad. Hoy los hay cada vez menos. Importar un organillo desde Alemania o Rusia cuesta más de cinco millones de pesos. Los viejos organillos, traídos al país a partir de 1895 se descomponen, quedan abandonados e inservibles bajo las goteras de alguna mediagua, y sus piezas en buen estado sirven sólo para arreglar otro organillo, apenas menos decrepito. En Santiago quedan sólo 25 or-

dueños de sus propios aparatos, pero son los menos. En cambio, los empresarios de organillos, dueños de una "flota" de tres, cuatro o cinco aparatos, los arriendan a hombres que los saben trabajar. Estos pagan 800 pesos diarios por el arriendo del aparato. Por 10 pesos compran al empresario un pliego con 18 suertes, que el loro, generalmente la única propiedad personal del arrendatario, sacará de la caja. Adquieren también cancioneros y pelotas de ase-

están de acuerdo en que en el barrio alto gustan más las melodías mexicanas, y las favoritas son "Juana", "Me he de comer esa tuna" y "Pregoneira". En Quinta Normal, en cambio, gustan de oír melodías más antiguas, pasadas de moda, valses vieneses sobre todo. Pero los grandes clientes de los organilleros son los niños: apenas los oyen, se arremolinan en torno al aparato; obligan a sus padres a comprarles pelotitas que despanzurran a los pocos minutos, y quieren ver al loro. Sin los niños, los organilleros no podrían vivir.

Mundo profesional

Todos los organilleros, tanto propietarios como arrendatarios, se conocen entre sí, como los miembros de cualquiera profesión, y forman un mundo aparte. Explican que son organilleros porque les gusta la música, y tienen la dignidad y el orgullo de quienes han dedicado la vida a una vocación. Si se da cien pesos a uno de ellos, tocará las cuatro melodías que lo pagado cubre, porque prefieren no aceptar limosna: son profesionales dignos. Es raro que uno de estos profesionales, que por lo general, debido a sus costumbres un tanto bohemias y a las amistades de los bares, no salen todos los días, ganen más de 1.500 pesos diarios, contando el capital invertido en suertes, cancioneros y pelotitas de aserrín. Para ganar esa suma, tienen que recorrer a pie media ciudad bajo el sol, porque es raro que salgan en invierno, con la pesada carga al hombro. A veces, los acompaña un hijo pequeño o un perro, pero el organillero es un individualista, un hombre solo e independiente, muchas veces sin casa ni familia, que duerme donde lo agarre la noche, después de haber tomado unos cuantos tragos en algún bar, donde encuentra amistades. A veces, se propasa en la bebida. Y es el organillo el que sufre, porque en la euforia, lo olvida o lo maltrata, lo que significa la ruina de los empresarios, que ven cómo se van acabando los aparatos que constituyen su capital. A veces acompaña al organillero un bailarín con bombo; el más famoso hoy es Lizana, "El bailarín del pueblo", que siempre anda cerca de la calle Eyzaguirre, y también Rosa, la música excéntrica. Estos ganan bastante más que los que sólo salen con los organillos.

Un poco de historia

¿De dónde salieron los organillos? Uno no puede dejar de hacerse la pregunta, al ver las complejas máquinas, costosas —valen tanto como un Fiat—, importadas de aspecto, generalmente muy anticuado. Enrique Venegas, en su casa de la calle Borgofño, en el paradero 30 de la Gran Avenida, explica algo de la historia de los organillos en Chile:

—El primer organillero que hubo en Chile fue don José Strup, que llegó con sus instrumentos en 1895. Venía de Alemania, donde la firma Baccigalupo fabricaba, además de órganos y armonios, organillos. Después comenzaron a llegar más organillos al país, hasta el último, que fue importado en 1937; éste ya era muy moderno y cómodo, porque tenía ruedas y no era tan sacrificado trabajar con él, como con los que hay que llevar al hombro suspendidos con una correa de cuero. El organillero más famoso fue don Lázaro Kaplan, que a principios de siglo andaba por las calles con su organillo, su mono y su bombo; él venía de Rusia. Después llegó Juan Serrras, como turista, y comenzó a importar organillos, que arrendaba, y después vendió. En provincias, sobre todo en Valparaíso, quedan muchos organillos, pero están todos en muy mal estado. En Rancagua hay diez, y en Valparaíso, tantos como en Santiago. Ahora, a veces, y ésta es la gran suer-

EFRAIN CHAVEZ

Educó a su lorito de la suerte dándole saliva en ayunas.

ganillos. Y no todos en uso, no porque estén malos, sino porque las nuevas generaciones no se interesan por trabajar con organillos, ya que la ganancia es misera, y el sacrificio, grande. Además, hay sólo una persona que sabe arreglar organillos; un solo hombre que al mismo tiempo de saber música, posee la delicada y minuciosa técnica de escribir música con las púas de los rodillos de madera, que en el interior del aparato mueven el fuelle. Cuando desaparezca Enrique Venegas, artesano, músico, artista y bohemio, adiós para siempre a los organillos.

En busca de "caletas"

Hay organilleros que son

rrin a 15 pesos cada una. Con este material, el organillero se echa la caja de 40 kilos al hombro y comienza a recorrer la ciudad. Rara vez le toca recorrer menos de 25 kilómetros en busca de lo que llaman las "caletas" (ciertos clientes seguros, que pueden no ser más de uno o dos por barrio, pero que, con seguridad pagarán, por lo menos los 50 pesos de la tarifa por oír dos melodías). Cuando quieren descansar de su carga o almorzar, dejan el organillo en alguna "casería" —un bar o casa amiga—, donde también dejan el aparato, en caso de que de la noche los sorprendan lejos del sitio donde duermen.

Los mejores barrios para los organilleros son el barrio alto y Quinta Normal. Casi todos



te del organillero, gente que ha ido a la Universidad, hoy llaman a que les toquemos en la casa, en una fiesta de sus hijos, por ejemplo, o en alguna manifestación; nos pagan cincuenta mil pesos.

Al organillero que lo llaman para esto se saca la lotería. Hay también gente que no es organillero, que compra comprando organillos, como cosa curiosa o antigüedad... no sé para qué, porque no los tocan; les sirve más que para que los vallenadores los toquen. Hace un año yo vendí uno en 180 mil pesos, que arregló con piezas viejas de otros organillos.

Rey de los organilleros

Enrique Venegas es el personal más importante del mundo de los organilleros. Un hombre delgado, con el rostro lleno de fatiga, que aparece más de lo que se ve en su comparsa y dos hijos pequeños. La fortuna no ha sonreído a este inteligente y curioso bolívar, del pueblo chileno, en pesar de que todo el mundo de los organillos depende de él. No sólo sabe arreglar en su modesto taller —asegura que le han enviado organillos de Venezuela para que los arregle— porque es el único que sabe hacerlos en el continente sudamericano—, sino que es el único que entiende el complejo trabajo de los rodillitos. De palos de madera y dotado de una natural simplicidad, Enrique Venegas ve con dolor que los jóvenes ya no se interesan por su oficio, y que cuando el deje de existir desaparecerá al poco tiempo la música de los organillos de los paseantes, las esquineras, las plazas y los barrios.

Los organillos traen en el interior un grueso rodillo de madera que gira sobre un eje de púas, que son las que producen la música, las que eligen las notas en su teclado, y determinan su melodía. Las canciones que tienen los rodillitos viejos de los aparatos importados hace muchos años, ya no los toca Venegas, y es porque Venegas es el que compró una hoja de música, traspasó la lengua de la notación musical en las pautas de los rodillitos. Bajo una mediana en que está su taller, rodeado de trastos y de gallinas, detrás de una pequeña tienda, Enrique Venegas sabe que los 64



PUAS QUE SON MUSICA
La mano maestra de Enrique Venegas arreglando la música del rodillo.

compases de una melodía se descomponen en el milímetro de la fusa, el medio milímetro de la corriente, los puentes de los bordones, los pedales. Y con este lenguaje de púas y puentecitos minúsculos de metal puede escribir las más bellas melodías que se oyen en las calles de Santiago, que, aunque no puedan competir con las Wurlitzer llenas de luces que vienen de la ciudad italiana con un idioma propio, inconfundible. ¿Qué sucederá cuando desaparezca Venegas? Se irán las melodías de las plazas y los barrios.

Los organilleros traen en el interior un grueso rodillo de madera que gira sobre un eje de púas, que son las que producen la música, las que eligen las notas en su teclado, y determinan su melodía. Las canciones que tienen los rodillitos viejos de los aparatos importados hace muchos años, ya no los toca Venegas, y es porque Venegas es el que compró una hoja de música, traspasó la lengua de la notación musical en las pautas de los rodillitos. Bajo una mediana en que está su taller, rodeado de trastos y de gallinas, detrás de una pequeña tienda, Enrique Venegas sabe que los 64

bomba un organillo, lo acusó de explotarlo insensiblemente, y de rebajarlo al arranque de los demás instrumentos. Tanto Chávez como Venegas y otros organilleros, desean dejar claro que no han tal expediente. Efraín Chávez vive pacíficamente de su profesión y \$ 800 dólares no es un precio demasiado por el arriendo de los instrumentos que constituyen su capital.

Si el organillero arrendatario es deshonrado, como comprobó Chávez, éste protegerá ese aparato, que constituyen su medio de vida. Este pequeño escanciano, que tiene la piel oscura sanguínea, y que ha pasado inadvertido para el público, ha sido la mayor noticia bomba que circula actualmente en el mundo de los organilleros.

Efraín Chávez, como todo organillero que se respete, es dueño de su taller, administrado por él mismo para que saque los papeles de la suerte.

Dice del adiestramiento:

—Lo comencé en el taller. Pero no de cuenta de que el lortito era muy altivo, y no quería obedecer. Al principio le puse una manita de fuerza, para que se cayera en ella si salía sin permiso, pero no aprendió. Despues lo arrendé a un señor que pensó que el lorto era muy altivo, como le iba diciendo. Hasta que un compadre me dijo que la única manera de hacerlo obedecer era dándole saliva en avivana, en mi propia boca. Así lo hice por un tiempo, y el lorto me temió, y cuando los vecinos... pero aprendió bien su oficio.

Chávez compra los papeles de suerte en pliegos en la imprenta, cerca de la calle Gómez, un pequeño establecimiento atendido por un padre y su hijo, que se dedican a imprimir todo tipo de compraventa y canciones.

Abel Rivas dice que las suertes solo lo que las gana, pero que el otro sigue imprimiéndolas. Calcula que en Santiago se venden 9 mil suertes al mes. Comenzó en este curioso negocio de vender suertes para los loros de organillos, porque un francés le llevó un pliego para que lo imprimiera, y el francés se marchó después de retirarse. Pasaron los años y el francés no aparecía; por lo tanto, Abel Rivas comenzó a vender suertes para los loros de organillos.

El organillero que compra las suertes. Cuando se le terminó la partida del francés, comenzó a imprimir más, por su cuenta, y nunca ha dejado de imprimirlas, vendiéndolas a los organilleros y empresarios.



ENRIQUE VENEGAS, REY DE LOS ORGANILLEROS
El único que conoce el secreto de la música de los organillos, le han enviado aparatos desde Venezuela para que los arregle.



EL ORGANILLERO
Figura clásica de las calles santiaguinas, condonada a desaparecer.